



Escritora:
MARTHA LLANOS
(Lima, 1945)



FOTO DE INTERNET

Celebrando la vida

En estos momentos en que la humanidad entera enfrenta el virus COVID 19, el tema de la vida y la muerte está en las mentes y corazones de todas las poblaciones. Es así que, en el silencio de los aislamientos preventivos y de las múltiples sugerencias de cuidado, me surgen reflexiones en torno al gran tema de la vida, cuya celebración se inicia con diversas y distintas perspectivas.

La llegada al mundo es lo más sagrado para los seres humanos, y marca el ingreso al seno de una familia, comunidad, sociedad, tribu. Habiendo recorrido diversos continentes y compartido con comunidades diversas, me gustaría verter unas pinceladas sobre las dimensiones, percepción y valoración de este extraordinario evento inicial de la vida.

Por los años 70, conocí y compartí con comunidades indígenas de la sierra y de la selva peruana. En las comunidades de la selva, cuando el parto se acerca, amigas y familiares acompañan a la parturienta al río. Allí, de pie, con las piernas firmemente afincadas a la tierra y bañadas por el agua fresca, llega este nuevo ser humano al mundo, ¡refrescado por las aguas y por el canto de todo un colectivo amoroso que le da la bienvenida!

Si naces en la sierra, como nuestros antepasados, se mantiene el dar a luz en forma vertical, con los pies en la tierra y en cuclillas. Allí observé que se busca un tronco alto y se coloca enfrente de la parturienta, para que ella se agarre fuertemente. Así, con su familia, y especialmente la presencia del esposo, llega el niño o la niña al mundo.

El lugar que otorgan a las placentas en estas comunidades es muy importante. Ellas tienen vida; por tanto, no deben eliminarse sino buscar un lugar especial donde enterrarlas, debajo de la cama o en el bosque.

Pasada la década de los 90, viví largo tiempo en Asia, y en la India y vi los partos más hermosos en la tierra de la filosofía y del Ayurveda, medicina con más de cinco mil años de antigüedad, que ofrece, además de salud, alegría, bienestar, serenidad, y secretos de eterna juventud. Para el Ayurveda, la vida es el acontecimiento más prodigioso que ha creado la naturaleza, y la mujer es su principal protagonista. Siendo un momento único e irrepetible, la pareja se prepara e incluso, de acuerdo al nivel económico, pueden contar con una doula o amiga ayudante, que acompañe el embarazo y el parto. Lo más hermoso es cuando los bebés nacen: los masajean con aceites de rosas o jazmines y así llegan efectiva y afectivamente celebrados.

Si nos pusiéramos en lugar de los niños, en los países supuestamente llamados “desarrollados”, durante nueve meses estuvieron moviéndose plácidamente en un paraíso de agua y silencio, sintiéndose protegidos, queridos; pudiendo, cual delfines expresarse libremente en ese espacio. Su estado colmado de posibilidades, sus necesidades cubiertas por ese mundo líquido, atemporal maternal e ilimitado.

Visualicemos ahora la escena de su nacimiento, en acción... El niño, este niño real, ya siente que llegó la hora de salir y mirar nuevos horizontes. Entonces, se prepara para su entrada al mundo... ¡Qué curiosidad! ¿Qué habrá? ¿Qué le espera al final del túnel? Está en una habitación de un hospital, o en un quirófano... ¡Y, oh...! Parece que allí se vislumbran luces, o algo brillante. Es cierto. Llega a un mundo, que a poco lo ciega por las luces, unas manos lo toman y ¡zas! siente que ya no hay más ese fluir conexo con su agua tibia. Se quedó en el aire, pues inmediatamente siente que lo toman de los pies, lo mantienen colgado y le dan un palmazo en la nalga que lo condiciona a llorar.

Resultado: un susto ¡Qué miedo! ¿A dónde habré llegado?... ¿Quiénes serán esos enmascarados a mi alrededor? ...Hasta que, después del shock, aparece una piel suave, una energía de dulzura, y encuentra que allí está su mamá, y a veces el papá que se hace partícipe de su bienvenida. Esta escena pareciera reflejar, así, los primeros miedos y abandonos que se instalarán en nuestro inconsciente.

En una sesión de Renacimiento, pude revivir la historia de mi nacimiento. Un pequeño brazo y una diminuta mano se agitaron saludando al mundo en la sala de partos de la Maternidad de Lima. Rosita, mi mamá, a sus 42 años, luego de casi 11 años, recibía la llegada de su último hijo, quien por la forma en que aparecía, era ya un vaticinio de sociabilidad. Aunque ni lo veía ni lo conocía, escuchaba a los doctores describir la manita y el brazo, pero no la cabeza. Pero ¡zas! Rápidamente tuvieron que utilizar los fórceps y ser devuelta al apacible recinto materno. Es así que, medio asfixiada, hice mi entrada triunfal con el primer grito de protesta por tan apabullante ejercicio médico. Felizmente sentí a mi mamá que me acariciaba y los suspiros alegres de los enmascarados.

Una doctora, transpirando y quitándose los guantes dijo a la enfermera: Esto ha sido un verdadero milagro, qué fuerza de madre e hija... La enfermera alcanzándole una toalla, le dice: La verdad doctora, yo sentía que una de ellas no llegaría con vida.

Solo espero, dijo la doctora acercándose a la madre y a su niña sonriéndole dulcemente... espero que pronto tengamos nuevas investigaciones que nos ayuden con las parturientas de edad avanzada. ¡Ha sido toda una hazaña!

¿Será que ese día empezó la misión de mi vida de trabajar por los derechos de los seres humanos a celebrar la vida, el principio biocéntrico y la bioética? Creo en la sincronización.

Corolario.

Qué sabías las llamadas culturas primitivas, donde el nacimiento es una situación natural: se le baña, se le canta, se le acaricia con aceites, y la naturaleza en pleno se une a la celebración. Reflexiones para este mundo desarrollado en donde el nacer es un acto quirúrgico.



Historia publicada en el libro *gira, el mundo gira* (abril 2021)